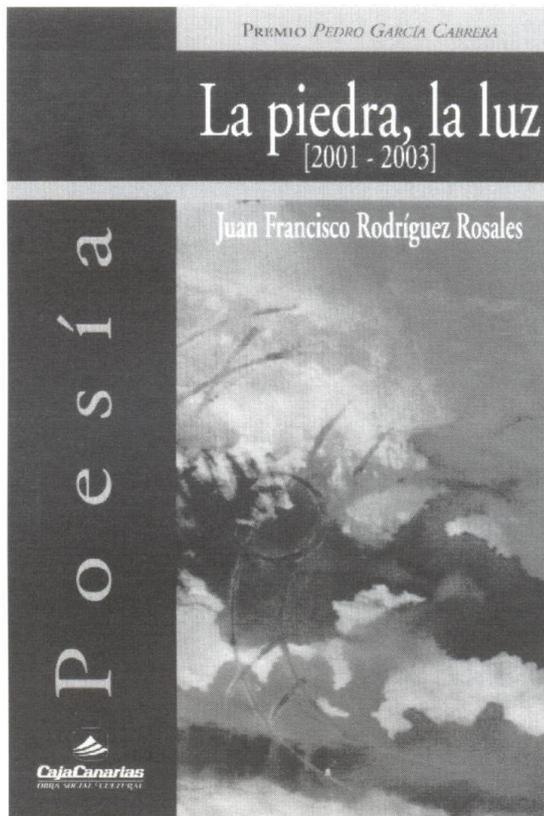




RESEÑA

LA PIEDRA, LA LUZ [2001-2003]: FUNDAR Y CONOCER

IVÁN CABRERA CARTAYA



LA PIEDRA, LA LUZ [2001-2003]
JUAN FRANCISCO RODRÍGUEZ ROSALES
CAJACANARIAS, 2004.

El poemario *La piedra, la luz (2001-2003)* de Juan Francisco Rodríguez Rosales (Venezuela, 1980) –merecedor del Premio de poesía Pedro García Cabrera en el año 2003– parece responder al designio según el cual la isla sigue siendo, como para los antiguos, un punto en el que convergen las fuerzas del universo; convergen, así lo entiendo, para inmediatamente expandirse en múltiples direcciones. Aunque aquí, debo aclararlo, se trata, para mí, de una isla de la imaginación, de una *ínsula extraña* creada y conocida mediante la imagen,

la fanopeia y la intuición poética; no de una tierra, una piedra oceánica, geográfica o política, por ejemplo, Tenerife. Escribir es aquí, como en otros lugares favoritos de nuestra tradición, una forma, en el sentido más creador y material del término, de fundir y poner en relación los espacios vitales e invisibles de la experiencia, las escenas reales e irreales del lenguaje.

Es inevitable, desde el título, pensar en el posible sentido simbólico del libro: La piedra tiene aquí, o parece tener, un valor fundacional, la piedra o las piedras que sirven para lindar un lugar propio, acotar un espacio singular en una tierra nueva o virgen, esto es, no interpretada aún por el hombre, no mediatizada y explotada por poderes económicos e industriales. La piedra es aquí la metáfora de la isla, o parece serlo; pero de una isla del origen, del principio, que acaba de nacer en la visión original del mundo que nos ofrece el autor. La piedra es una isla recién descubierta, creada y vislumbrada mediante un lenguaje que examina el paisaje y se pone a prueba a sí mismo. La luz, por otro lado, y a pesar de la gran amplitud semántica de este símbolo, no deja de ser un valor de conocimiento y un emblema de la memoria, además de una imagen de la vida humana —pensemos en la llama de la vela de nuestro barroco—. Ambos elementos conceptuales están muy presentes en algunos poemas.

La autoconciencia de la escritura que escribe sobre sí misma y desde sí misma —desconocida o ignorada por la mayor parte de la más conocida poesía española actual— es uno de los legados más obvios y lúcidos de la modernidad lírica europea que *cae* al lenguaje, que es consciente de sus crisis, ya desde la

obra de Mallarmé, y desarrollada, de forma tan brillante, en los poemas, por ejemplo, de Giuseppe Ungaretti. Pero no sólo es apreciable la autociencia de un lenguaje que se interroga a sí mismo, sino de un espacio visual y lingüístico que es signo de escritura, a la vez que cartografía de un espacio físico, el insular, como una cifra a descubrir, misteriosa, de mundo. La luz descubre y describe aquello que ha crecido bajo su augurio: La casa, la arena, los pájaros, los árboles, las gaviotas, los dioses –la luz está llena de ellos– cuerpos de una concreta realización mítica, en cuanto existen por la palabra, y como escribía el semiólogo francés Roland Barthes: *La mitología ya había consistido en la imposición de un amplio sistema semántico sobre la naturaleza.*

Hay un proyecto insular, se ha hablado mucho de ello en otros sitios, consistente en hacer habitable nuestro territorio –esto se consigue, sobre todo, mediante la metáfora–. Un proyecto valiente que, como en el de José Lezama Lima en Cuba, como el de Agustín Espinosa en Lanzarote o el de Andrés de Lorenzo-Cáceres, pretende sembrar las islas de las alusiones, de hacer mito. Esto se consigue convirtiendo la escritura en un centro de irradiación, donde converjan y dialoguen las más diversas culturas, las múltiples tradiciones que conforman la modernidad. Las tradiciones se ganan con su conocimiento y con su renovación, si no se conocen, se cae en su duplicación y en sus lugares comunes, en sus más trillados tópicos, pero ¿se puede definir una escritura a través de la definición de un territorio? Esta parece una de las propuestas, una más de este poemario, como lo propusieron en su momento, por poner dos ejemplos fundamentales, *Lancelot*, de Agus-

tín Espinosa; y *Diario de un sol de verano*, de Domingo López Torres. Entrar en un diálogo con la “microtradición” insular, con sus mitos, como con otras tradiciones, puede ser la manera propicia para adquirir una perspectiva nueva, y proponer una imagen distinta de la realidad: Esencial tarea de la poesía.

Contemplar, acceder a los espacios del sol. Aprender de los rituales de nacimiento y resurrección de la luz y en la luz. Ascuas de una tierra incendiada que lee, en el libro del mundo y pasa a través de él, para ser consciente de un tiempo anterior o quizá, solamente, para el logro de un espacio desintoxicado de cualquier método totalitario del yo y las interpretaciones aprendidas, fosilizadas de nuestra más castiza y pergamínosa tradición. Un descubrimiento mutuo, una recíproca contemplación entre el poeta y el otro de sí que el poeta ha generado. La voz del poeta debiera ser, como lo es aquí, lo suficientemente transparente con el fin de que no podamos saber nada de él: Como el dios, el demiurgo que, para crear algo que no sea su propio ser, se exilia a su interior, y así genera un espacio que permita la existencia de lo otro, de la heterogeneidad. Reconocer y afrontar la complejidad de estas búsquedas, asumir la inserción de este proyecto, es quizá una de las apuestas más arriesgadas de *La piedra, la luz*, doblemente valiente en un territorio más o menos acotado como lo es Canarias, y ya topografiado tan creativamente por otros poetas insulares. En este libro su autor parece entender y partir de su condición insular para proponer una específica realización de la poesía.